



# HACE VEINTE AÑOS: LA BOMBA ATOMICA

# DE ALAMOGORDO A POTSDAM

En el laboratorio secreto de Los Alamos, el general Groves mandaba un ejército de sabios, técnicos y obreros de más de cien mil personas. El fue el ejecutor del «Proyecto Manhattan» que tuvo como cerebro a Robert Oppenheimer.

El 16 de julio de 1945 estalló en el desierto de Alamogordo la primera bomba atómica de la historia. La bomba fue instalada sobre una torre metálica de treinta metros que tras la explosión desapareció. En esta página puede verse el «punto cero», donde estalló la bomba; la explosión de la misma y la vista aérea del lugar de la prueba, que hoy está cerrado por una cadena.



## HIROSHIMA: UN SACRIFICIO INUTIL

Por PABLO CORBALAN

**D**ESPUES de algunas vacilaciones se decidió que la conferencia de los «tres grandes» se celebrara en Potsdam. La reunión fue interminable. Duró del 17 de julio al 2 de agosto de 1945. Hacia casi tres meses que Alemania se había rendido incondicionalmente. Potsdam ofrecía las mejores condiciones para el encuentro. En sus alrededores se hallaba el viejo palacio de Cecilienhof que había pertenecido al ex konprinz Guillermo Hohenzollerns; disponía de todas las instalaciones deseables y, además, en sus cercanías existían otras residencias. **SIGUE**



Arriba: así se conserva hoy el puesto de mando desde el que Groves y Oppenheimer observaron la prueba atómica de Alamogordo. Cuando la bomba hizo explosión, el sabio recitaba un pasaje de un poema sagrado indio. Abajo, vista interior del puesto de mando, al que el viento ha arrastrado zarzas y cardos del desierto.

en las que albergar a los miembros de las delegaciones. El palacio se encontraba en manos de los rusos, quienes habían reparado los desperfectos producidos por la guerra y reconstruido los jardines. En el partere habían dispuesto una enorme estrella roja de geranios perfilada con margaritas amarillas. El derroche de flores de que hicieron ostentación sorprendió a todos. Potsdam ofrecía, por otra parte, la ventaja de encontrarse a sólo 27 kilómetros de Berlín, lo que era tanto como reunirse al pie mismo de la puerta de Brandeburgo. Esto concedía a la conferencia el carácter simbólico que se le quería dar: la reafirmación de la victoria total sobre el «Reich invencible». Si Truman, Stalin y Churchill estaban allí era porque Hitler había sido destruido y su imperio arrasado. Y como en la reunión se iba a tratar de la guerra con el Japón, el símbolo se transformaba, en su proyección hacia Oriente, en advertencia, en amenaza. Una amenaza de la que sólo podía tener plena conciencia el Presidente de los Estados Unidos.

### la carta a roosevelt

Cuando los asistentes a la conferencia fueron llegando, las gentes de la ciudad ya hacía mucho tiempo que habían olvidado a un antiguo vecino, un hambrecillo que se pasaba el día encerrado en su estudio, pero al que le gustaba pasear cada tarde por las afueras acompañado de un enorme perro. El hombre, llamaba la atención por su invariable indumentaria, —un pantalón de franela y un jersey gris— y por su blanca y crespa cabellera. De cuando en cuando, y con motivo de algún acontecimiento científico, los periódicos hablaban de él. Se llamaba Albert Einstein. Cuando

llegaron los nazis y comenzó la persecución de los judíos, fue desposeído de todos sus títulos y sus libros quemados públicamente. Tuvo que abandonar el país llevándose, por todo equipaje, un viejo y deslustrado violín. Luego se supuso que había ido a parar a los Estados Unidos y que lo habían nombrado profesor en



la Universidad de Princeton. Con la guerra, los sufrimientos y la ruina, ya nadie se acordaba de él.

En Potsdam, Einstein había trabajado durante muchos años. La ciudad le ofrecía la paz que necesitaba para trabajar. Por aquellos tiempos ignoraba el destino que iban a hallar algunos de sus descubrimientos fundamentales, como el de su fórmula famosa sobre materia y energía, y también que él mismo iba a ser, en cierto modo, quien influyera para que la más terrible arma de guerra producida por los hombres fuese construida. En sus años de Potsdam, él, pacifista recalcitrante y casi místico, se hubiese horrorizado ante el pronóstico de que cinco años más tarde sería quien firmara una carta revelándole al Presidente Roosevelt la posibilidad de fabricar la bomba atómica. Esta carta, ya histórica, lleva fecha del 2 de agosto de 1939. «Ha sido hecho probable por los trabajos de Joliot, en Francia, así como de Fermi y Szilard, en América... el hecho de que pueda tomarse posible establecer una reacción nuclear en cadena de una gran masa de uranio... Este nuevo fenómeno conduciría también a la construcción de bombas extremadamente poderosas...».

Las bombas ya existían cuando comenzó la conferencia de Potsdam. Roosevelt no había echado en saco roto la recomendación implícita en la famosa carta. Y a muchos kilómetros de la ciudad alemana, en pleno desierto de Los Alamos, un general norteamericano, Leslie Richard Groves, rodeado de un ejército de sabios y de técnicos, había logrado almacenar, hasta el momento, dos ingenios atómicos que sólo esperaban el momento de ser lanzados. Como el «Reich invencible» ya había sido reducido a ruinas, su destino no podía ser otro que el Japón. Aquellas bombas iban a dar el golpe de gracia al imperio militar de

# HIROSHIMA

Toyoda, Anami y Umezu, los tres hombres fuertes que imponían su voluntad de «kamikazes» (soldados suicidas) al Emperador Hiro-hito.

## Liquidación de galta

La conferencia empezó el 17 de julio. Iban a plantearse en ella problemas graves y trascendentales. Truman y Churchill, más este último que el primero, miraban más allá de la situación militar inmediata y la mayor preocupación era la forma que adquiriría el mundo de la posguerra. Por lo pronto, allí estaba Stalin. ¿Qué pensaba el jefe soviético? ¿Cuáles eran sus planes? El objetivo principal consistía en echar por la borda lo que quedaba de los acuerdos de Yalta y liquidar la herencia rooseveltiana. Los rusos habían dado excesivas muestras de su poder de recuperación y el arrollador avance del ejército rojo sobre Europa, que le había conducido más allá de Berlín, más allá de Viena y hasta las márgenes del Adriático, inquietaba al Presidente norteamericano y al «premier» británico. No se había ganado la guerra en Europa para ofrecerle la victoria a Stalin y era necesario elaborar una política que contuviera sus impulsos. En Potsdam ya despuntaba la «guerra fría». Truman esperaba que, de un momento a otro, le anunciaran el resultado de la primera prueba de la bomba atómica y, en su interior, la pesadilla de cómo imponer al Japón la rendición sin condiciones sin ayuda de los rusos comenzaba a hacer crisis. La bomba, si resultaba efectiva, iba a ser una baza formidable para el futuro que los rusos comprenderían fácilmente. El binomio bomba-Unión Soviética se formaba y se deshacía, por aquellos entonces, en el pensamiento de Truman y de Churchill como una incitante y golosa tentación. Michael Amrine ha escrito: «Stimson, en Potsdam, escribió una nota sobre Rusia y la bomba. Caba pensar que los funcionarios hubieran hecho esto antes. Después de todo, los profesores Franck y Szilard (dos sabios de la comisión atómica) ya habían establecido relaciones entre la URSS y la bom-

ba de uranio». Stimson era, por entonces, el secretario de Defensa de los Estados Unidos y el hombre que, tras su juramento como Presidente, notificó a Truman, hasta entonces ignorante de ello, la existencia de la bomba. Churchill, seguramente, veía más claro en este asunto. Desde su encuentro con Roosevelt en Quebec, en agosto de 1943, en que el Presidente le puso en antecedentes del proyecto «Manhattan» y, sobre todo, desde un año después, cuando ambos convinieron en Hyde Park la cooperación atómica anglo-americana, el «premier» había tenido tiempo suficiente para meditar en lo que en el terreno militar y político significaría la posesión en exclusiva de un arma tan terrible. Para Churchill nunca fue dudoso el empleo de la bomba contra el Japón y así se lo comunicó a Roosevelt. «No tenemos derecho a la indecisión —dijo entonces—. Libraremos así al mundo de una guerra que desde hace seis años hace correr la sangre de nuestros compatriotas. Y así también conseguiremos la capitulación de los japoneses antes que Rusia intervenga, en el último momento, en Extremo Oriente». Fue Churchill, más tarde, quien indujo definitivamente a Truman a emplear la bomba, recordándole en Potsdam su acuerdo con Roosevelt. Como justificando la «solución final», e intentando repartir responsabilidades, el propio Churchill escribió en sus Memorias: «El acuerdo (para emplear la bomba en el Japón) fue unánime, automático, incontestado en torno a nuestra mesa, y yo no oí a nadie sugerir otra cosa». Churchill había considerado profundamente —como consideraba todos los problemas— los aspectos militar y político del empleo de la bomba y, claro está, que este último sólo podía relacionarse, en el porvenir inmediato, con Rusia. Primero, para ganarle la mano en Extremo Oriente y no hubiese necesidad de pedir su intervención contra los japoneses; segundo, con vistas a perspectivas más amplias y de carácter diplomático. La posesión del arma atómica pudiera dar sus más cumplidos frutos en el establecimiento del nuevo estado de cosas en Europa.



Robert Oppenheimer, «padre» de la bomba atómica. Groves conocía sus relaciones con personas izquierdistas, pero a pesar de todo lo retuvo para que dirigiera, junto a él, el proyecto Manhattan.

## un martillo

Cuando Churchill escribe que no oyó a nadie discrepar acerca del empleo de la bomba contra el Japón olvida las presiones que en los propios Estados Unidos se habían ejercido —y todavía se ejercían cuando fue inaugurada la conferencia de Potsdam— sobre Truman para que no fuese utilizada. Estas presiones partieron de varios sabios que habían intervenido en su construcción y que, a la vista de los últimos resultados, habían quedado horrorizados. Pero procedían también de destacados jefes militares. Muchos de ellos expresaron su repugnancia por el proyecto y el general Eisenhower llegó a decir a Stimson: «Espero vivamente que esta bomba no será jamás empleada. Me repugna imaginar que los Estados Unidos sean los primeros en utilizar un arma que posee tan increíble poder de muerte y destrucción». Por lo que se refiere al binomio bomba-Unión Soviética hay que tener en cuenta lo que escribió Jonathan Daniels, cuando recoge la siguiente observación hecha por Truman: «Tendré un buen martillo para esos muchachos». Se refería, claro está, a los rusos. P. M. S. Blackett, físico británico laureado con el premio Nobel, llegó a sintetizar su interpretación del binomio con estas palabras: «El lanzamiento de las bombas atómicas no fue tanto el último acto militar de la segunda guerra mundial, como la primera operación de envergadura de la guerra fría diplomática con Rusia». Por su parte, el general Groves declaró ante la comisión encargada de investigar el «caso Oppenheimer»: «Creo que es importante declarar que no tardé ni dos semanas, después de hacerme cargo del proyecto («Manhattan»), en darme cuenta de que el enemigo no era otro sino Rusia, y que el proyecto debía ser conducido sobre esa base... Desde luego, de esto estaba informado el Presidente». El secretario de la Defensa, Stimson, opinaba que Leslie Richard Groves era «la personalidad más impresionante que ha existido después de Napoleón». Ni Oppenheimer, ni ningún otro sabio, puede considerarse más «padre» de la bomba atómica que él. A él se debe que el proyecto se realizara. Si mantuvo a su lado a Oppenheimer, del que eran muy conocidas sus relaciones con elementos «rojos» ya en aquella época, fue porque consideró que sólo él podía ser el catalizador del plan «Manhattan». Knebel y Bailey, que han realizado la más extensa y profunda encuesta sobre la bomba de Hiroshima, estiman que si el sabio fue el cerebro de aquella realización de ciencia-ficción, Groves fue los brazos. Cien mil personas y más de **SIGUE**



Albert Einstein. En sus teorías se encuentra el fundamento de la invención de la bomba atómica. Pacifista intransigente, influyó en Roosevelt para que éste decidiera la fabricación de la bomba. Después se arrepentiría.

# HIROSHIMA



El general Curtis LeMay era el jefe de las operaciones aéreas contra el Japón, al que había convertido en un inmenso brasero de ruinas. Uno de sus B-29, lanzó la bomba atómica sobre Hiroshima.

dos mil millones de dólares fueron puestos a su disposición. Sus ideas sobre el «affaires» tuvieron que ser, por fuerza, muy claras.

## "niños nacidos bien"

El mismo día en que la conferencia de Potsdam fue abierta, Truman recibió, a primera hora de la mañana, un mensaje que decía: «Niños nacidos bien». Poco después, Stimson fue a ver a Churchill y le comunicó que la primera prueba atómica de la Historia se había efectuado en Alamogordo con pleno éxito. La reacción del «premier» fue de júbilo; no se sabe cómo reaccionó Truman. Unas horas más tarde comenzaron las deliberaciones entre los «tres grandes». De este modo, la conferencia fue iniciada bajo el signo de la reacción nuclear. La cuestión de la entrada de Rusia en la guerra contra el Japón figuraba como uno de los temas principales en la agenda de debates, pero, de pronto, su primacía descendió como un termómetro que se introduce en un refrigerador. Otro tema: establecer la norma de conducta de los soviéticos en las áreas ocupadas en Europa. Este, en cambio, experimentó un veloz ascenso. El 18 de julio, Churchill y Truman se reunieron por separado para discutir hasta qué punto debería informarse a Stalin del experimento realizado en el desierto de Los Alamos. Por una parte, se sentían obligados a ponerle en antecedentes como aliado que era, pero, por otra, deseaban poder hacerlo a base de la menor cantidad de detalles posible. Inmediatamente después, el Presidente se unió a sus consejeros principales para tratar de asuntos de la conferencia y sobre la decisión de arrojar la bomba sobre el Japón. Refiriéndose a este último punto, y en un ambiente todavía no determinante, Truman ha escrito: «Me mostré de acuerdo con el empleo de la bomba si el Japón no cedía. El arma no le gustaba, pero no tuve ningún escrúpulo (en aceptar su utilización) si a la larga podían ser salvadas millones de vidas».

## desastre japonés

No es fácil interpretar estas últimas palabras del Presidente. Desde el 9 de marzo, la ofensiva aérea contra el Japón había multiplicado su dureza y torrentes de TNT y de fósforo caían sobre sus ciudades. En una sola noche, los «B-29» arrojaron sobre Tokio 2.000 toneladas de explosivos y material incendiario, arrasando una superficie de veinticinco kilómetros.

Setenta y ocho mil personas perecieron en tres horas en aquel brasero gigantesco. Entre julio y agosto 40.000 toneladas de bombas cayeron sobre la población civil. En la noche del 2 de agosto fueron arrojadas 6.632 toneladas de bombas sobre la capital. El balance de víctimas japonesas no militares ascendía a casi un millón y medio cuando terminó la guerra, contra ni una sola, en territorio propio, en los Estados Unidos. Aquella ofensiva de «maduración» sobre el Japón en los últimos meses de la guerra, de haberse prolongado unas semanas más —y contando con la decisión soviética de intervención, ya el 5 de abril Moscú había denunciado el acuerdo de neutralidad firmado con los japoneses—, hubiera bastado para obligar a Tokio a la rendición incondicional. Según las estimaciones más objetivas, hay que dudar de que el empleo de la bomba atómica fuese el único medio de quebrar la resistencia japonesa que, cuando fue inaugurada la conferencia de Potsdam, ya había quedado reducida al fanatismo de unos cuantos grupos de «kamikazes» y a la soberbia de unos cuantos jefes militares como Toyoda y Umez, un general a quien llamaban «Máscara de marfil» a causa de su frialdad y su rigidez. Cuando en Tokio se supo que los rusos habían denunciado el tratado de neutralidad se tuvo la certeza de que todo se había hundido. Tan es así —como testimonia Marcel Giuglaris— que el príncipe Higashikuni y otros estaban dispuestos a transigir con la devolución de Manchuria a China, concederle la independencia a Corea y ceder el Sur de Sajalín y las Kuriles del Norte a la URSS. El Gobierno japonés no sabía qué hacer y al imponer una política de gobierno «por decreto» hacia casi exactamente lo contrario de lo que hubiera deseado (Giuglaris). El desastre era ya completo en el Japón y todo faltaba. Se fabricaban cascos para obuses con metales sustitutos porque carecían de cobre; no había cañones para reemplazar los ya gastados de las ametralladoras y algunas unidades regulares habían tenido

que ser armadas con lanzas de bambú (Knebel y Bailey). La escuadra había sido diezmada hasta el límite y las fortificaciones, para la pretendida última resistencia, se limitaban a redes de alambre espinoso, porque el cemento se había agotado. La misma propaganda oficial ya no hablaba más que de «morir con honor». En el fondo, ni los más fanáticos se atrevían a pensar en otra cosa que no fuese la muerte desesperada como último recurso: convirtiéndose en «kamikazes» o haciéndose el «harakiri». En tales circunstancias no cabía considerar una guerra tan larga que supusiera millones de víctimas más. A primeros de agosto de 1945, con la ruptura del pacto de neutralidad con Rusia —los soviets habían prometido en Yalta entrar en guerra con el Japón tres meses después de la caída de Alemania; declararon la guerra el 9 de agosto— y tras el ultimátum de Potsdam, que habían suscrito tácitamente, la suerte del Japón estaba definitivamente echada. En todo caso, como estima Michael Amrine, la bomba sólo fue la excusa que los japoneses tuvieron para rendirse de acuerdo con las condiciones aliadas. Pero, de hecho, su derrota ya se había producido.

## una mención casual

El 24 de julio, Truman se decidió a hablarle a Stalin. Había terminado la sesión de trabajo y los delegados abandonaron la gran mesa redonda de la conferencia. Existen varios relatos sobre el encuentro entre los dos jefes de Estado que difieren, sin embargo, en los detalles, aunque todos coinciden en que fue brevísimo. Al terminar la reunión, Truman se aproximó a Stalin. Churchill se hallaba a unos cinco metros de distancia, atento a lo que iba a suceder, puesto que había sido advertido. «Era vital —escribió en sus Memorias— medir el efecto que causar». Se



El general Leslie R. Groves ante un mapa del Japón. Sus ojos están fijos en Hiroshima. El fue el jefe del «Proyecto Manhattan» que hizo posible la fabricación de la bomba atómica que destruyó esta ciudad.



Los «tres grandes» —Truman, Stalin y Churchill— durante la conferencia de Potsdam. Churchill sería sustituido el último día por Attlee, al haber perdido los conservadores las elecciones. La conferencia comenzó el mismo día en que fue probada en Alamogordo la primera bomba atómica que inauguró una nueva era histórica.

refiere, claro está, a la noticia que el mariscal soviético iba a recibir. Truman habló con Stalin sólo unos minutos. He aquí su relato, despachado en tres frases: «El 24 de julio le mencioné a Stalin, casualmente, que poseíamos una nueva arma de excepcional fuerza destructiva. El gobernante ruso no mostró ningún interés especial. Todo lo que dijo fue que se alegraba de saberlo y que esperaba que haríamos buen uso de ella contra los japoneses». El Presidente no usó la palabra «atómica» ni tampoco la palabra «nuclear». Stalin debió pensar que se trataba de un arma, si muy potente o potentísima, no menos convencional. El secreto subsistía y únicamente Truman y Churchill lo compartían. Sobre este punto se ha especulado mucho y después de tantas especulaciones no se ha llegado a obtener más que un manejo de preguntas tales como las que se hace el informadísimo Amrine: «¿Colligió bastante Stalin de las palabras de Truman como para comprender que una nueva fuerza estaba irrumpiendo en el mundo? ¿Había aprendido Stalin lo suficiente de sus consejeros técnicos como para darse cuenta de lo que estaba hablando el Presidente? ¿Podemos estar seguros de que el Servicio de Información Científica de los rusos llegaba hasta la cúspide del Kremlin?... ¿Indica el silencio de Stalin que no sintió ninguna conmoción o indica más bien una conmoción extrema?». Sea como quiera, el caso fue como lo relata Truman: no hubo ninguna explicación a los rusos sobre el carácter «ató-

mico» o «nuclear» de la nueva arma. Si Stalin estaba en antecedentes, gracias a su servicio de inteligencia, esto no invalida en absoluto la situación de recelo —de guerra fría— en que se produjo el breve y lacónico comunicado del Presidente norteamericano.

### la rueda en marcha

No sólo compartían Truman y Churchill, en aquel 24 de julio, el secreto de la existencia de la nueva arma. Estaban compartiendo también otro y no menos importante: la decisión de arrojar la bomba sobre el Japón y, quizá los nombres de las ciudades a elegir para arrojarla. La lista no era demasiado larga, pero hay que tener en cuenta que no se disponía más que de dos bombas. La lista había sido confeccionada por el general Curtis LeMay, jefe de la XX escuadra aérea, con base en Guam. Los nombres eran estos: Kyoto, Hiroshima, Kokura, Niigata y Nagasaki. Cuando se trató de escoger, se produjo una viva discusión en el seno del consejo de los ayudantes inmediatos al Presidente. Un abogado, McCormack, miembro de los servicios de inteligencia, pudo conseguir de Stimson, en el momento de la decisión final, que Kyoto fuese borrado de la lista. Se trataba de una ciudad-temple, un relicario histórico y artístico. Truman ordenó su exclusión. Y quedó Hiroshima como objetivo número uno. Kokura también fue borrada de la lista porque los

japoneses habían instalado un campo de prisioneros en sus cercanías. Niigata, en fin, corrió la misma suerte; el mando aéreo estimó que se encontraba demasiado alejada. Al día siguiente, como respuesta a un mensaje referente a otro del general Groves, Truman envió a Washington la decisión del lanzamiento: «Aprobadas las órdenes de Groves». Las ruedas de la primera operación atómica de la Historia estaban en marcha.

### era un día claro y soleado

El ideal de esta operación era —escribe Fernand Gigon— que el objetivo fuera gratuito, que no tuviera ningún valor militar ni estratégico. El 2 de agosto se hace pública la declaración de Potsdam firmado por los «tres grandes». El tercero ya no es Churchill porque los conservadores han sido derrotados en las elecciones inglesas; el jefe conservador ha tenido que dimitir y el Rey ha nombrado al laborista Attlee para sustituirle en el Gobierno. El comunicado contiene un ultimátum dirigido al Gobierno japonés. En él se habla de «aniquilación» y se exige la reducción incondicional. Los «tres grandes» se separaron. Truman confirmó la orden de lanzamiento de la bomba cuando se hallaba de regreso a los Estados Unidos a bordo del

**SIGUE**

«USA Augusta», en pleno Atlántico. Pero ya en Tinian, una isla perteneciente al archipiélago de las Marianas, habían comenzado los preparativos e incluso algunos historiadores sostienen que si Hiroshima no fue bombardeada el día 3 se debió al mal estado de las condiciones meteorológicas. Un ciclón se había desplazado desde las Filipinas. Por fin, el 5 al anochecer, el coronel Paul Tibbet el comandante W. Ferebee, el capitán W. S. Parsons y ocho hombres más, pertenecientes al grupo 509 de la XX Air Force Task, unidad que mandaba el mayor general LeMay, recibieron las instrucciones para la operación. Ellos serían quienes lanzaran la bomba. De los once hombres sólo los tres primeros sabían lo que «llevaban». Tibbet —que se había hecho entregar un revólver para suicidarse en



Sobre un esquemático mapa del Japón hemos señalado los lugares que en él ocupan las ciudades de Hiroshima y Nagasaki. Los otros dos grabados muestran la terrible destrucción que ocasionó en la primera de ellas la explosión atómica. Más del 70 por 100 de sus edificios quedaron completamente arrasados. El número de víctimas se estima, según los cálculos más objetivos, en 78.150 muertos y 10.000 heridos graves. Como consecuencia de la bomba, todavía siguen muriendo gentes en Hiroshima.

caso de caer en manos de los japoneses— era el encargado de acoplar la cabeza atómica a la bomba en pleno vuelo. Esto lo hizo a las 7,30, con la colaboración de un ayudante. El avión que les conducía había despegado de Tinian a las 2,45 del día 6 de

agosto de 1945. El avión había sido bautizado con el nombre de «Enola Gays». Tibbet era, al mismo tiempo, el piloto y en cuanto tuvo «la bomba final» lista volvió a tomar los mandos del aparato. El «Enola Gays» iba precedido de un avión del servicio meteorológico,



lógico, que, a las 8,15, informó que el tiempo era excelente. En Hiroshima había amanecido un día espléndido, claro y soleado, y como en el transcurso de la guerra no había sufrido más que un pequeño bombardeo, sus habitantes se encontraban a aquella hora entregados a sus quehaceres ordinarios. Tampoco tenían nada que temer, pensando en militar, puesto que no existía en la ciudad ningún objetivo que pudiera interesar al enemigo.

El comandante Ferebee había sido designado como bombardero y el capitán Parsons era un sabio de uniforme, encargado de intervenir en caso de avería previa en el sistema explosivo de la bomba. Detrás del «Enola Gays» seguía otro B-29, al que se le había asignado la misión de reconocer los efectos de la ex-

# HIROSHIMA



plosión. Los dos aviones volaban a una altura aproximada de 10.000 metros. No tenían nada que temer de los cazas japoneses puesto que éstos rehusan enfrentarse con los bombarderos americanos, que los superaban en agilidad y velocidad. A las 9,01 Parsons echó una última ojeada a la bomba. A las 9,11 el avión se enderezó y se niveló en posición de bombardeo. Fue entonces cuando tomó los mandos el comandante Ferebee, que consultó sus notas. Las coordenadas han sido establecidas tan minuciosamente que pronto se confunden con la realidad. En el reloj de a bordo son las 9,15. El control de altura marca 9.600 metros; el de velocidad, 527 kilómetros a la hora. Todo esto se sabe porque, entre la tripulación se encontraba el capitán Robert A. Lewis, al que se le

había encargado, a efectos históricos, que escribiera el diario de navegación. Ferebee apretó el botón al mismo tiempo que gritaba: «Go!». La bomba abandonó el B-29 y salió despedida hacia adelante. El avión dio un brinco cuando la bomba le abandonó. Tibbet volvió a tomar los mandos e inmediatamente ejecutó un violento giro e inclinó de morros la nave. Sintieron dos brincos más cincuenta segundos después de que la bomba fuese saltada. Eran los efectos de la explosión, que se había producido a una altura de 600 metros. En aquel instante el «Enola Gay» se hallaba a veinticinco kilómetros de distancia. El mundo se llenó de luz y la luz cegó a los tripulantes del avión. El capitán Lewis sólo pudo anotar en su diario: «¡Dios mío!». Hiroshima había desaparecido.

## "daños muy serios"

Desde el «Enola Gay» fue transmitido, ya en vuelo hacia la base de Tinian, un mensaje al «USA Augusta», en el que viajaba el presidente rumbo a Washington. Ante el éxito de la operación, Truman, excitado por la inminencia de la victoria, no pudo contener un grito: «¡Esta es la cosa más grande del mundo!». Efectivamente, así era. Nunca hasta entonces una sola bomba había producido (según los cálculos más objetivos) 78.150 muertos y 10.000 heridos graves. Las autoridades japonesas, cuando dieron la noticia a su pueblo, se refirieron a «daños muy serios». El 11 de agosto, Japón capituló.

P. C.

(Reportaje de Alamogordo de Elliot Erwit - Magnum).  
Fotos Cifra y Archivo.